

Las cruces del Cerro Mogote Bayo y Chumamaya: Accesibilidad y sacralidad del paisaje en la sierra de Comechingones (Merlo, San Luis, Argentina)

The crosses of Cerro Mogote Bayo and Chumamaya: Accessibility and sacredness of the landscape in the Sierra de Comechingones (Merlo, San Luis, Argentina)

María Constanza Ceruti¹

Resumen: El presente trabajo procura ofrecer una mirada preliminar a la dimensión simbólica de la montaña en la sierra de Comechingones, desde una perspectiva antropológica que toma en cuenta manifestaciones idiosincráticas propias de las devociones populares, así como cuestiones relativas a la accesibilidad de los espacios de altura.

Palabras clave: Sierra de Comechingones, sacralidad, arquitectura religiosa, dimensión simbólica de la montaña

Abstract: This paper seeks to offer a preliminary look at the symbolic dimension of the mountain in the Sierra de Comechingones, from an anthropological perspective that takes into account idiosyncratic manifestations typical of popular devotions, as well as issues related to the accessibility of high altitude spaces.

Keywords: Sierra de Comechingones, sacredness, religious architecture, symbolic dimension of the mountain

¹ UCASAL – CONICET – ANCSA

Introducción

Publicitada como “el tercer microclima del mundo”, Merlo constituye uno de los más pujantes destinos turísticos de la provincia de San Luis, en el centro de Argentina. Hogar ancestral de los Comechingones, la villa se extiende a los pies de un majestuoso cordón serrano que lleva el nombre de sus pobladores originarios.

La Sierra de Comechingones enmarca al valle de Conlara por el este y forma parte del sistema orográfico de las Sierras Pampeanas, cuyos orígenes se remontan al Período Precámbrico, con una antigüedad de 2300 millones de años. El abrupto relieve de la vertiente occidental determina que en los arroyos que bajan de estas sierras se formen esbeltas cascadas y “ollas de agua” que invitan al baño en época estival (Figura 1)

La flora autóctona incluye extensos pastizales de ichu y presencia de especies arbóreas propias del bosque serrano, tales como algarrobo, tala, horco molle, chañar, mistol, además de palmeras, cactáceas y “tunas” de frutos comestibles, muy apreciados para la fabricación de dulces. La fauna característica de la región comprende zorros, pumas, pecaríes, armadillos, comadrejas, cuises, lagartijas, sapos y ranas. La ornitofauna es diversa, con presencia de loros barranqueros, cóndores, águilas, halcones y pájaros carpinteros.

La economía de Merlo se basa en el turismo desde hace varias décadas. Los pobladores locales confeccionan artesanías de cerámica, palma, totora y piedras semipreciosas. En zonas rurales se cría ganado menor y aves de corral. La recolección de hierbas aromáticas y medicinales en las alturas serranas permite la elaboración de licores y diversidad de “mates de yuyos”. Las delicadezas culinarias incluyen salamines, alfajores, pan casero, quesillos de cabra y arropes de tuna y chañar.

La arqueología regional comienza a ser tema de estudio más sistemático, gracias a la labor de investigadores que abordan la importancia de la Sierra de Comechingones en las estrategias de subsistencia de los pobladores prehispánicos (Pastor y Medina 2005; Rochietti et. al. 2019) y el papel del arte rupestre en la demarcación del territorio en entornos de pastizales de altura (Recalde 2017). La iglesia en la plaza principal de Merlo constituye una manifestación excelentemente preservada de la arquitectura religiosa colonial en el centro de Argentina (Figura 2).

El presente trabajo procura ofrecer una mirada preliminar a la dimensión simbólica de la montaña en esta región serrana, desde una perspectiva antropológica que toma en cuenta manifestaciones idiosincráticas propias de las devociones populares, así como cuestiones relativas a la accesibilidad de los espacios de altura. De carácter auto-etnográfico, el estudio se basa en observaciones de campo desarrolladas principalmente en la primavera de 2022, que incluyeron ascensos a pie a las cruces en los cerros Chumamaya y Mogote Bayo, así como la subida al Vía Crucis, una caminata al Salto del Tabaquillo, la visita a la cascada conocida como el Chorro de San Ignacio y la documentación de ofrendas y exvotos en la denominada “laguna milagrosa” o “agua de la Virgen”.

Entrevistas informales y testimonios espontáneos de lugareños, turistas y guardaparques contribuyeron a la interpretación de los datos obtenidos, además de la visita a museos y parques temáticos, tales como el Museo Casa del Poeta o el Parque temático Yucat, dedicado a los Comechingones. Las observaciones recogidas en este trabajo se completan con experiencias de “tirolesas” y otras actividades propias del llamado “turismo de aventuras”, desarrolladas en la zona quince años atrás; así como estudios desarrollados por la suscripta en los últimos años, sobre la apropiación física y simbólica de cerros emblemáticos en las Sierras Chicas (Ceruti 2022 ms) y Sierras Grandes (Ceruti 2023 ms) de la vecina provincia de Córdoba.

Cruz de Madera y Cruz de Metal en el Cerro Mogote Bayo

La reserva del cerro Mogote Bayo protege un área de la Sierra de Comechingones de notable riqueza de flora y fauna, donde se conservan (y frecuentemente se avistan) cóndores, águilas moras, zorros, y en menor medida pumas y hasta pecaríes. El sendero a la cruz de dicho cerro comienza en el ingreso a la reserva homónima, donde los guardaparques tienen su vivienda y oficina de admisión. Allí se informa acerca de la caminata y se dejan datos personales para poder ser contactado en caso de emergencia. Tiempo atrás era necesario abonar una entrada; pero actualmente no se solicita ninguna contribución.

Durante mi primera visita a la reserva Mogote Bayo, realizada un día Viernes por la mañana, no me resultó posible ascender a la Cruz de Metal, ya que el predio se encontraba “cerrado”. Ya me habían anticipado en la oficina de Turismo de Merlo que esta reserva permanecía cerrada durante los días de semana, abriendo solamente sábados, domingos y feriados. Frente a mi insistencia, el guarda-parques me autorizó a transitar “solo hasta la

cruz de madera, por donde hay sendero bien marcado”. Explicó que él y su colega estaban aguardando la visita programada de estudiantes de un colegio de Merlo y que por ende “no podían atender a otros visitantes”.

La senda del Vía Crucis se presenta demarcada -y en parte pavimentada- con piedras lajas obtenidas en el lugar (Figura 3). Cada estación está señalada por plataformas cuadrangulares que se elevan unos 80 cm sobre el nivel del suelo, construidas también con lajas locales, y que presentan en la parte superior trasera una especie de respaldo o marco semicircular, hecho también de piedra. Sobre dicho respaldo se asienta verticalmente un pequeño recuadro de hierro que enmarca una representación estilizada de alguna de las instancias de la pasión de Cristo. Suele aparecer asociada a otra representación modelada en cerámica y a un cartel de madera donde se indica el número de cada estación. Se advierte también la depositación ritual de piedritas y guijarros, tanto encima como a los pies de cada plataforma. La última estación ha sido erigida en un pequeño promontorio a 1350 metros sobre el nivel del mar.

A dos metros de distancia de la última estación se yergue una cruz de madera que señala el fin del Calvario en el cerro Mogote Bayo. Maciza y de color marrón, esta cruz mide sólo dos metros de alto y resulta poco visible, pero su importancia religiosa no es menor, ya que corona el tradicional Vía Crucis (Figura 4). En el extremo de uno de los brazos de la cruz documenté la presencia de un rosario depositado como ofrenda, que había sido anudado en uno de los clavos. El emplazamiento de la cruz de madera ofrece una vista menos panorámica, enfocada naturalmente hacia el sector sur de la Sierra de Comechingones.

Las restrictivas circunstancias me obligaron a regresar tres días después, para poder finalmente subir hasta la emblemática Cruz de Metal del Mogote Bayo. Inicié el ascenso en horas de la mañana de un día Lunes feriado, ocasión en que la reserva sí se encontraba abierta. Marchando directamente desde la base del cerro hasta la Cruz de Metal invertí apenas una hora (si bien el tiempo estimado para la ascensión oscila habitualmente entre una hora y media y dos horas y media, variando según el grado de entrenamiento físico). El recorrido tiene una extensión de casi 4 kilómetros (de ida) y cubre un desnivel de más de 700 metros, hasta alcanzar una cota altitudinal que supera los 1700 metros sobre el nivel del mar. Se trata de una senda de montaña apenas despejada, que asciende en

marcado zig-zag por la cresta de un abrupto y angosto filo, hasta alcanzar un rellano o balcón junto a una vega de altura, donde se ha erigido una gran cruz de metal que domina a toda la villa de Merlo y la mayor parte del valle de Conlara.

Pintada de color blanco y coronada en sus extremos por estrellas doradas, la cruz metálica del Mogote Bayo se levanta entre cuatro y cinco metros sobre el nivel del suelo y aparece articulada por encima de una “M”, también blanca y metálica, que le sirve como base (Figura 5). Los guarda-parques me informaron que la “M” podría hacer referencia a las iniciales del nombre del cerro Mogote Bayo; pero se trata también de un reconocible homenaje a la Virgen María.

La cruz aparece sostenida por varios cables de sujeción, que le permiten mantenerse erguida pese a los fuertes vientos que azotan la vertiente occidental de la sierra. Pude constatar que se encontraba en buenas condiciones de conservación, con su pintura blanca intacta; sin observarse inscripciones, firmas o grafitis que afectaran su superficie (los cuales son frecuentes en las cruces cumbreiras de las Sierras de Córdoba). Tampoco se advirtió la presencia de cantidades de ofrendas ni exvotos, con excepción de una pequeña medalla de la Virgen María que había sido colgada de la parte central de la estructura (Figura 6).

Uno de los guarda-parques, que trabaja en la reserva Mogote Bayo desde hace varios años, respondió muy amablemente a todas mis preguntas relativas a la fauna y flora del lugar. Cuando le pregunté acerca de la presencia de exvotos y ofrendas en la cruz, comentó que “la gente siempre deja cositas: rosarios, medallitas, pañuelos”. Explicó también que los exvotos deben ser removidos periódicamente de las cruces, dado el carácter de reserva que reviste al cerro, debido al efecto dispersor del viento y el potencial impacto negativo para la fauna.

En ocasión de mi segunda visita al cerro Mogote Bayo, tras haber ascendido y descendido desde la cruz de metal en solitario, encontré a otros caminantes que disfrutaban del paisaje en el rellano donde se ubica la cruz de madera. Descansaba allí un grupo de turistas procedentes de Buenos Aires, que continuaría avanzando hasta la cruz de metal, siguiendo a dos guías de trekking pertrechados con mochilas y walkie-talkies. Entablé también conversación con media docena de residentes de Merlo que habían ascendido solamente hasta la cruz de madera para realizar actividades de meditación. Se presentaron

jocosamente como “los raros” y me explicaron que los unía el interés común por el yoga y la búsqueda espiritual de carácter místico. También hicieron referencia a un encuentro de meditación que habían realizado semanas atrás en la cruz del vecino cerro de Chumamaya.

El salto del Tabaquillo

Tras el ascenso al Mogote Bayo completé un popular trekking -con algunos tramos bastante expuestos- hasta la cascada conocida como el “Salto del Tabaquillo”, situada en la vecina reserva de Rincón del Este (Figura 7). Observé que algunos jóvenes ofrecían -y en algún caso pretendían imponer- sus servicios como guías para la caminata. La dificultad de la marcha se acentúa cuando los visitantes avanzan por el lecho mismo del arroyo, donde se requiere una hora y media (o más) de dificultoso avance, ya que los grandes bloques de piedra obligan a superar algunos pasos de escalada. Opté por recorrer el llamado “sendero en altura”, que se inicia con un pronunciadísimo zigzag y faldea una ladera muy empinada, conduciendo hasta la cascada en aproximadamente 40 minutos (este sendero no está señalizado ni es recomendado para principiantes o personas que sufran de vértigo, porque reviste de cierta peligrosidad, al ser sumamente angosto).

El salto de agua alcanza los 16 metros de alto y toma su nombre de un árbol característico de estas montañas. El tabaquillo o *Polylepis Australis* es una especie arbórea de pequeño porte, endémica de Argentina, que forma parte de la familia de las rosáceas. Conocido en lengua quechua como queñoa y caracterizados por su tronco retorcido, su corteza ostenta la apariencia y el color de la cáscara de cebolla o de la hoja de tabaco seca; de allí su nombre. En las Sierras Grandes crecen en lugares poco accesibles, en la cota altitudinal de los 1600 metros a 1800 metros sobre el nivel del mar, por lo que son caracterizados antropomórficamente como “ermitaños de las montañas”. En el discurso de los guías de turismo se hace hincapié en el carácter de árbol sagrado que le asignaban los Incas.

La Cruz del Cerro Chumamaya

Otra cruz que domina a la villa de Merlo está ubicada en un contrafuerte del llamado cerro Chumamaya. En internet no resulta sencillo hallar información sobre la toponimia de este paraje y al realizarse una búsqueda para indagar que significa el nombre aparece una

brevísima leyenda que informa que Chumamaya “es un country creado y desarrollado por una familia a fines de los años setenta”. Con respecto al vocablo Quechua “chuma”, los traductores automáticos informan que puede traducirse como “soso o insípido”; aunque otras versiones asimilan el término a “suma” o “sumaj”, que quiere decir “hermoso”. En mi opinión, “maya” podría ser una deformación de “mayo”, que en la lengua Quechua significa “río”.

Una página de internet informa que las sendas al Mirador del Peñón y a la cruz de Chumamaya “se encuentran protegidas y de uso público gracias a la Ordenanza Municipal sancionada el 05/06/2018 por iniciativa del Club Andino San Luis” (ver link en referencias). Propone a los interesados recorrer un sendero de casi cinco kilómetros, que rodea al country por el norte.

Sin embargo, no fueron pocos los problemas que se presentaron a la hora de intentar acceder a la Cruz de Chumamaya, situada en un “área de reserva gestionada por el country”, según los informan los custodios de la seguridad de este barrio cerrado. Por empezar, no pude recibir información fidedigna acerca de cómo encarar la ascensión, pese a haber pedido direcciones a empleados de la oficina de turismo y a los guardafaunas en las reservas ecológicas vecinas. Para peor, cuando manifesté mi intención de acceder a la cruz, los custodios de seguridad en la entrada del country me impidieron ingresar al predio, aduciendo políticas de la institución. Sugirieron como alternativa que circundara el perímetro meridional del country por su parte externa, “siguiendo el alambrado”.

Tras varias idas y venidas intentando infructuosamente localizar el supuesto “sendero perimetral”, pasado el mediodía y con temperaturas que sobrepasaban los 39 C°, avancé a duras penas durante más de una hora por terreno rocoso en pendiente ascendente, plagado de residuos, árboles quemados y hondonadas. En repetidas ocasiones estuve a punto de torcerme un tobillo mientras hacía equilibrio junto al alambrado, intentando evitar las ramas de los árboles espinosos. Deshidratada y sofocada por un calor opresivo, circundé en marcha forzada los tres kilómetros que me separaban del otro extremo del country (al cual podría haber arribado cómodamente si no se me hubiese denegado el acceso a través del predio).

Finalmente logré ubicar el comienzo del sendero para el ascenso a la cruz de Chumamaya, oficialmente señalado en el lado opuesto del country y caracterizado como “de dificultad media” en la cartelería (Figura 8). Desde este punto, se extiende por algo más

de 2 kilómetros, superando un desnivel de aproximadamente 500 m, hasta alcanzar una altitud cercana a los 1466 metros sobre el nivel del mar. Se trata de una senda de montaña apenas despejada, que asciende en pronunciado zigzag por una empinada ladera, atravesando áreas de pastizales y pequeños bosquecillos arbustivos. Conduce a un mirador sobre el filo de la montaña, que domina la totalidad de la villa de Merlo y se encuentra coronado por una cruz erigida en un espacio más o menos libre de vegetación, en medio de un círculo apenas perceptible, trazado con piedras del lugar (Figura 9).

La cruz de Chumamaya está pintada en color blanco y supera los 3,5 metros de alto, con tronco y ramas de escaso diámetro, que le otorgan una apariencia particularmente esbelta. No presenta ofrendas ni exvotos que hayan sido depositados en directa asociación, ni tampoco en sus inmediaciones. El tronco de la cruz se conserva en buen estado, aunque presenta algunas inscripciones y rayones, a modo de grafiti, posiblemente resultantes de actos esporádicos de vandalismo. La ausencia de ofrendas y exvotos en esta cruz se condice con las dificultades que presenta en el acceso.

Durante el descenso tuve que sortear a algunos toros que pastaban sobre distintos puntos del angosto sendero, dando preocupantes signos de inquietud frente a una presencia humana a la que no parecían estar suficientemente habituados. La poco placentera odisea se prolongó mientras volvía sobre mis propios pasos, recorriendo el perímetro externo del country, bajo temperaturas aún más sofocantes, agravadas por la falta de agua en el lugar.

Piedras Blancas, el altar Comechingón y una cruz blanca inaccesible

El paraje de Piedras Blancas se extiende en la periferia de Merlo y señala el límite territorial entre las provincias de San Luis y Córdoba. En el sector conocido como “Piedra Blanca de Abajo” sobresale como principal atractivo turístico un árbol milenario denominado “el algarrobo de los Agüero” o también llamado “Algarrobo Abuelo” (Figura 10). Sacralizado por la contemplación azorada de los visitantes, la poesía del escritor Esteban Agüero y las costumbres de los lugareños, el milenario algarrobo es elegido como escenario para ritos sociales en los que se bebe el renombrado “mate puntano”.

En “Piedra Blanca de Arriba” hay una capilla colonial dedicada actualmente a Nuestra Señora de Fátima, que ostenta inusuales pinturas de los famosos “pastorcitos” en sus muros exteriores (Figura 11). Frente a la capilla se conserva una vivienda tradicional

de adobe, con techo de torta y fachada pintada en color rosa, que alberga en su interior una antigua biblioteca pública. A unos doscientos metros de distancia, camino al arroyo de Piedras Blancas, se observa un gran bloque rocoso situado junto al curso de agua, en medio de la espesura del monte (Figura 12). Dicho bloque ha sido bautizado como “el altar Comechingón” y así lo indica la cartelería, en la que se explica -como pretendido fundamento de la sacralidad del pedrusco- que posee “indudables indicios de haber sido modificado por el hombre”. Sin embargo, a simple vista no se advierte que el bloque cuente con arte rupestre, ni tampoco con otras manifestaciones evidentes de utilización ritual prehispánica.

A pocos metros de distancia, un conjunto escultórico situado en medio del bosque enmarca con dos estructuras verticales pintadas de celeste a una estatua de madera tallada situada en posición central, que aparentemente representa a una figura con rasgos indígenas (o eventualmente a un espíritu de la tierra). El conjunto se encuentra precedido por un área de varios metros cuadrados en la que recientemente se han erigido decenas de pequeñas apachetas o apilamientos de piedras, con guijarros tomados aparentemente del vecino lecho del arroyo (Figura 13).

Desde las inmediaciones de la capilla de Fátima se observa una pequeña colina que asoma sobre la espesura del bosque, coronada por una gran cruz blanca. Dicha cruz debería resultar muy fácilmente accesible en razón de la corta distancia y escasa altura a la que se encuentra; sin embargo, el ingreso se encuentra vedado “por tratarse de una propiedad privada”. En conversación con los vecinos se me informó que dicha cruz era anteriormente de acceso libre; pero que desde hace algún tiempo el uso público de este espacio se encuentra casi absolutamente restringido; si bien una vez por año, en Marzo o Abril, se permite el acceso al solo efecto de dar continuidad a una tradicional procesión de Semana Santa.

El chorro de San Ignacio y la “laguna milagrosa”

El Chorro de San Ignacio es una cascada situada en las inmediaciones de Villa Larca, aproximadamente treinta kilómetros al sur de Merlo. Dedicada nominalmente a un santo de la iglesia católica, esta escénica caída de agua es una de las más fácilmente accesibles entre tantas que bajan por la vertiente occidental de la sierra de Comechingones (Figura 14). Su popularidad como atractivo turístico y su mayor accesibilidad (en particular si se

la compara con el Salto del Tabaquillo) determinan que, en ciertos momentos -fines de semana, por ejemplo- el sendero se convierta en una auténtica “romería”, atiborrada con decenas de visitantes, donde se hace necesario “permanecer en la fila” largos minutos para poder avanzar algunos metros.

Tras abonar el precio de la entrada que se cobra en el balneario (aunque no se vayan a utilizar los servicios), es necesario recorrer un sendero de aproximadamente dos kilómetros por el lecho del arroyo, hasta la cascada. En este tramo, el avance se ve demorado por la combinación de turistas inexpertos -que frecuentemente carecen de los mínimos conocimientos para transitar senderos agrestes- y guías de turismo que, en algunos casos, sobreactúan la ayuda que pretenden dispensarles.

Más interesante, desde la perspectiva del paisaje sagrado, es la llamada “laguna milagrosa” o “agua de la Virgen”, una pequeña piscina natural con cascada que se forma en el cauce superior del mismo arroyo, por encima del Chorro de San Ignacio (Figura 15). Dicho paraje es menos visitado por los turistas; quienes allí se acercan son principalmente lugareños, motivados por móviles religiosos, antes que por intereses meramente recreativos.

Tan solo veinte minutos de marcha ascendente permiten llegar al pequeño espejo de agua y su cascada, situados en una angosta y escénica quebrada, jalonada por afloramientos de granitos esferoidales y con una hermosa vista a las sierras como telón de fondo. Sin embargo, a diferencia de las decenas de visitantes que se aglomeran camino al Chorro de San Ignacio, me encontré sola durante una hora en el paraje de la “laguna milagrosa”. Mientras subía, saludé a una familia lugareña que venía “de visitar a la Virgen”; al bajar vi pasar a un hombre indígena que ascendía a paso veloz, cargando en su mano una bolsita.

Uno de los más conspicuos bloques de granito que enmarca el acceso a la cascada cuenta en su parte superior con una pequeña ermita. La gruta artificial, de menos de medio metro de alto, alberga una imagen de la Virgen de la Medalla Milagrosa y en derredor se acumulan decenas de ofrendas y exvotos dejados por los visitantes, que incluyen rosarios, estampitas, medallitas, pañuelos y abundancia de objetos personales tales como gomitas o hebillitas para el cabello, y hasta algún par de anteojos (Figura 16). Debajo del promontorio rocoso donde está emplazada la gruta se observan prendas de vestir tales como remeras infantiles, shorts y hasta ojotas; además de botellas de vino y alcohol, que

a simple vista pueden confundirse con desechos. Es probable que hayan cumplido un papel en ritos de libación que acompañaran la búsqueda de sanación a través del baño.

Una lugareña que se gana el sustento vendiendo tortillas de grasa y empanadas en el balneario comentó, en tono reverencial, acerca del carácter milagroso del “agua de la Virgen” y de múltiples sanaciones milagrosas de las cuales había sido testigo a lo largo de los años. Asimismo, uno de los guarda-parques en la reserva del cerro Mogote Bayo confirmó la importancia local de la advocación de la Medalla Milagrosa, e inclusive me indicó una pequeña gruta dedicada a la Virgen que había sido erigida (y recientemente restaurada) frente a la Cruz de Madera que corona el Vía Crucis del Mogote Bayo, más o menos en la misma cota altitudinal, pero en el filo rocoso que desciende por el frente. Me explicó que no hay sendero habilitado al lugar donde se venera a la Virgen, debido a que el terreno es muy ríspido y podría resultar peligroso para los visitantes.

Consideraciones y conclusiones

Los montes y cascadas de la vertiente occidental de la Sierra de Comechingones no solamente resultan emblemáticos para los lugareños y atractivos para los visitantes, sino que revisten de un cierto nivel de sacralidad. Las capillas coloniales en Merlo y Piedras Blancas remiten a las etapas iniciales de consolidación de la religión cristiana en tierras de los pobladores originarios Comechingones. Las tradicionales procesiones de Semana Santa -como la que aún se realizan en la Cruz de Piedras Blancas- han ido agregando nuevas páginas a la historia de la apropiación del paisaje serrano de Merlo y sus alrededores con fines religiosos.

Actualmente, a las procesiones calendáricas católicas se suman las ascensiones individuales o colectivas al Vía Crucis del cerro Mogote Bayo y los ascensos deportivos y recreativos a la Cruz Blanca (a mayor altura en el mismo cerro), acompañadas también de ocasionales gestos rituales que se evidencian en la depositación de rosarios, medallitas y demás ofrendas en carácter de exvotos. Adicionalmente, los testimonios espontáneos recogidos durante la investigación de campo revelan la creciente utilización de la cruz de Chumamaya y Cruz de Madera del Cerro Mogote Bayo como escenarios para encuentros de meditación, yoga y demás prácticas vinculadas a búsquedas espirituales de corte New Age.

Las cruces del Cerro Mogote Bayo y Chumamaya

Los modernos exvotos y ofrendas depositados en algunas cruces en los cerros de Merlo y en la “laguna milagrosa” encima del Chorro de San Ignacio demuestran la vigencia de las creencias entretrejidas en torno a la sacralidad del paisaje serrano. Téngase en cuenta que las escasas ofrendas en las cruces del cerro Mogote Bayo no son indicativas de menor importancia relativa, ya que en estos casos intervienen estrategias de manejo (por parte de los guardaparques) que involucran la remoción sistemática de estos ítems, tendiente a evitar su acumulación en el ámbito de una reserva natural.

Pese a que el paisaje de montaña conserva (en el imaginario local) la sacralidad con la que es revestido tradicionalmente, la experiencia en el terreno deja en evidencia innumerables restricciones a la accesibilidad que se imponen en forma creciente a quienes pretenden acercarse a las cascadas y cruces en los cerros. Desde prohibiciones casi totales al ingreso -como en el caso de la cruz del paraje de Piedra Blanca de Arriba-, a innecesarios vericuetos que conlleva el kilométrico y desagradable recorrido “perimetral” previo al ascenso a la cruz de Chumamaya, pasando por las complicaciones calendáricas en el acceso a las cruces del Mogote Bayo (con arbitrarias restricciones aplicadas a días de la semana en que se permite o no subir a las cruces, sin tener en consideración aspectos religiosos, tales como la costumbre de rezar el Vía Crucis en día Viernes, por ejemplo).

A lo dicho se añade también la difundida pretensión de que todos los visitantes se vean obligados a contratar “guías de trekking” o “guías locales” para acceder a las famosas cascadas y cruces de los cerros, sin que se tome en cuenta la experiencia previa de cada caminante ni las verdaderas dificultades del terreno. Si bien la compañía de un guía podría ser recomendable para visitantes con poca experiencia -en el caso del Salto del Tabaquillo en particular-, opino que un caminante o montañista experimentado no debería ser “juzgado/a por la apariencia” (forma encubierta de discriminación), ni tampoco conminado a devenir en “cliente”.

Las imposiciones y restricciones afectan más directamente a los visitantes, quienes en muchos casos no pueden extender su estadía hasta el siguiente fin de semana o feriado; ni tampoco pagar servicios de “guiado” que no estaban previstos en el plan original (y que por su monto pueden equipararse o superar a los gastos de alojamiento, por ejemplo).

Los constreñimientos afectan también a residentes del lugar, quienes repetidamente se muestran confundidos con respecto a las crecientes imposiciones y restricciones, desconocidas (e impensadas) años atrás. Ante este complejo escenario, no sorprende que

se me advirtiera que “la única cruz de montaña a la que podría ascender sola sin inconvenientes” sería la del Calvario de Loma Bola, a casi 20 kilómetros de Merlo, fuera del territorio provincial (lugar de peregrinaje en los confines de Córdoba que será motivo de otro estudio específico).

Aunque los residentes tal vez sean exceptuados de pagar entradas, o se les ofrezcan descuentos (lo desconozco), los “costos de admisión” para ciertas “atracciones turísticas” también pueden constituir un impedimento para el acceso de familias o personas de bajos recursos a ciertos elementos del paisaje considerados sagrados. Cabe preguntarse acerca del impacto que el precio de la entrada al “Chorro de San Ignacio” puede llegar a tener en las visitas devocionales efectuadas a la “laguna milagrosa” y su Virgen. O si el costo de la entrada al Algarrobo Abuelo limita de algún modo en el disfrute del árbol sagrado devenido en escenario para tradicionales “mateadas”.

En conclusión, pese a su imponente presencia paisajística, la majestuosa Sierra de Comechingones parece estar cambiando el papel que cumple en el imaginario colectivo de la villa de Merlo. De un escenario de libre acceso para prácticas recreativas, religiosas, turísticas y deportivas, se está convirtiendo en un “telón de fondo” que enmarca el atractivo turístico de la villa como “tercer microclima del mundo”, pero cuyos montes resultan, de facto, mucho menos accesibles para el común de la población (Figura 17).

Aunque de carácter preliminar, el presente trabajo pone en evidencia la necesidad de planificar futuros estudios antropológicos tendientes a sopesar el impacto que generan las crecientes restricciones a la accesibilidad en los espacios de montaña. Tanto la construcción simbólica como las prácticas que configuran la apropiación física del territorio montañoso están siendo modificadas y constreñidas de formas más o menos perceptibles para la comunidad. Este fenómeno, de creciente impacto en las sierras centrales de Argentina, no debería pasar desapercibido para los investigadores que trabajen en éstas y otras latitudes.

Anexos



Figura 1. Paisaje de la Sierra de Comechingones en el centro de Argentina (© María Constanza Ceruti)



Figura 2. Interior de la iglesia colonial de Merlo (© María Constanza Ceruti)



Figura 3. Sendero al Via Crucis de Merlo (© María Constanza Ceruti)



Figura 4. *Cruz de Madera y última estación del Vía Crucis de Merlo* (© María Constanza Ceruti)



Figura 5. *Cruz Blanca del Cerro Mogote Bayo* (© María Constanza Ceruti)



Figura 6. Medalla de la Virgen ofrendada en la cruz del Cerro Mogote Bayo (© María Constanza Ceruti)



Figura 7. La autora en el Salto del Tabaquillo (© María Constanza Ceruti)



Figura 8. Cartelería indica sendero a la Cruz del Cerro Chumamaya (© María Constanza Ceruti)



Figura 9. La Cruz del Cerro Chumamaya (© María Constanza Ceruti)



Figura 10. *Algarrobo Abuelo* (© María Constanza Ceruti)



Figura 11. Capilla de Fátima (© María Constanza Ceruti)



Figura 12. Altar Comechingon en Piedras Blancas (© María Constanza Ceruti)



Figura 13. *Esculturas y apilamientos de piedras* (© María Constanza Ceruti)



Figura 14. *Chorro de San Ignacio en plena Sierra de Comechingones* (© María Constanza Ceruti)



Figura 15. *Laguna Milagrosa o Agua de la Virgen* (© María Constanza Ceruti)



Figura 16. Imagen de la Virgen con exvotos y ofrendas que atestiguan la devoción popular (© María Constanza Ceruti)



Figura 17. *Sendero serrano entre pastizales de altura* (© María Constanza Ceruti)

Referencias Bibliográficas

- CERUTI, María Constanza (2022). Uritorco, La Banderita, Pan de Azúcar y Cerro de la Cruz: Montes Sagrados en las Sierras Chicas de Punilla (Córdoba, Argentina). Manuscrito en poder de la autora. Universidad Católica de Salta.
- CERUTI, María Constanza (2023). Ascenso a pie al Cerro Champaquí (2790 m): Algo más que “Agua en la Cumbre” del monte más alto de las Sierras Grandes. Manuscrito en poder de la autora. Universidad Católica de Salta.
- PASTOR, Sebastián; MEDINA, Matías E. (2005). El uso prehispánico tardío de los ambientes serranos de altura. Investigaciones arqueológicas en pampa de Achala, de San Luis y de Olaen (Córdoba, Argentina). *La Zaranda de Ideas: Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología*, no 1, p. 43-58.
- RECALDE, M. A., RIVERO, D. E., TISSERA, L. E., COLQUI, E., & PAMPIGLIONE, G. (2017). Grabados rupestres, memoria social y demarcación del paisaje en el ambiente de pastizales de altura de las sierras de Córdoba. *Secretaría de Ciencia y Técnica. Universidad Nacional de Río Cuarto.*
- ROCCHIETTI, A., RIBERO, F., REINOSO, D., PONZIO, A., & ECHEGARAY, E. (2019). Talleres líticos en altura: India Muerta, Sierra de Comechingones, Provincia de Córdoba: High altitude lithic workshops: India Muerta, Comechingones Range, Cordoba Province. *Anuario de Arqueología*, 11(11), 116-127.
- WIKILOC. <https://es.wikiloc.com/rutas-senderismo/mirador-del-penon-y-cruz-del-cerro-chumamaya-villa-de-merlo-provincia-de-san-luis-club-andino-san-l-41447241>. Consultado en fecha 29/11/2022.